

toda certeza los sucesos venideros con todas sus circunstancias, y que Jesucristo es el Mesías prometido, pues en él se cumplió todo lo que anunciaron los profetas respecto del Mesías.

CONVERSACION TERCERA.

Fel. **T**ratemos ahora de los otros fundamentos de la verdad de la religion cristiana.

Vic. El otro fundamento es el de los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles. Pero como estos hechos prodigiosos constan especialmente por los libros del nuevo testamento, para evitar el argumento que me puedes hacer sobre la autenticidad y verdad de estos libros, quiero establecerla antes que tratemos de los milagros. Cuando digo que los libros del nuevo testamento son auténticos, quiero decir, que son realmente de los autores á quienes se atribu-

yen, y que no están fraguados en los tiempos posteriores á la existencia de los autores que se nombran en ellos. Para esto bastaban las razones que te alegué á favor de la autenticidad de los escritos de los Profetas; pero aun quiero estenderme un poco mas: subamos desde nuestro tiempo por la sucesion de diez y ocho siglos hasta el principio del cristianismo, y veremos, que la Iglesia católica ha admitido en todas las épocas y en todos los lugares estos libros como obras de los autores que en ellos se espresan.

Fel. Yo convengo de buena fe, que desde el siglo cuarto hasta nuestros dias se han reconocido estos libros como obras de los apóstoles y de los evangelistas; pero ¿como probarás que desde el siglo cuarto, retrocediendo hasta el principio de la Iglesia, sucedió lo mismo?

Vic. Tú convienes en lo mismo que han convenido y convienen hasta los mismos incrédulos modernos enemigos de la religion: pues oye ahora como desde el siglo cuarto, retrocediendo hasta el principio del cristianismo, estos libros han sido admiti-

dos como escritos de los apóstoles y de los evangelistas. Orígenes al principio del siglo tercero, nombra los cuatro evangelios: los cuales, dice, son venerados por toda la Iglesia que está bajo del cielo. Tertuliano cita algunos años antes las cartas auténticas que el apóstol S. Pablo había escrito á las Iglesias de Roma, de Corinto, de Filipos, de Efeso, y de Tesalónica. Acusa al heresiarca Marcion de haber falsificado el evangelio de S. Lucas: y para convencerle presenta los ejemplares recibidos en todas las Iglesias apostólicas, y reconocidos por auténticos por el mismo Marcion, antes que empezase á enseñar sus errores. Casi á mediados del siglo segundo, San Justino en un escrito presentado al emperador Antonino, habla de la costumbre observada desde el principio entre los cristianos, de leer en sus juntas religiosas los escritos de los profetas y de los apóstoles.

En las cartas que nos han quedado de S. Policarpo obispo de Smirna martirizado en el año 166, en las de S. Ignacio obispo de Antioquía, que padeció mar-

tirio en 114, y en las del papa S. Clemente, que gobernaba la Iglesia romana en el año de 70, y había vivido mucho tiempo con S. Pedro apóstol, se hallan muchos lugares de los evangelios, y de las epístolas del nuevo testamento, citados como pertenecientes á la sagrada escritura; y finalmente, Papias, discípulo del apóstol S. Juan, hacia mención de los evangelios de S. Mateo y de S. Marcos. Heracleen, Ptolomeo, y Valerino, los Ebionitas, los Marcionistas, y los Gnósticos hereges, todos de los tiempos inmediatos á los de los apóstoles, admitían como auténticos los libros del nuevo testamento. De modo que puedo decir con S. Irineo obispo de Leon en el siglo segundo: que es tal la certidumbre de nuestra creencia tocante al evangelio, que la confirman hasta los hereges: pues cada uno de ellos, separándose de la Iglesia, busca en ella la prueba de su doctrina.

Los gentiles de los primeros siglos de la Iglesia reconocían como obras de los apóstoles los libros que hoy corren con sus nombres: como se puede ver en los diversos pedazos que nos han quedado de los escritos de Celso, de

Porfirio, de Hierocles, y del emperador Juliano el Apóstata, todos paganos: y en fin, hasta los mismos judios enemigos acérrimos del cristianismo, no han negado la autenticidad de estos libros.

Te he hablado de la autenticidad de los libros del nuevo testamento. Paso ahora á manifestarte su autoridad, esto es, que sus autores son dignos de crédito en todo cuanto dijeron en sus escritos. Estos son de dos clases: unos dogmáticos que tratan de la doctrina de Jesucristo, y los otros históricos que refieren los hechos de Jesucristo, y de los mismos apóstoles. De la verdad de unos y otros, te convencerás por estas razones. La primera es, la sencillez y naturalidad del estilo que nada tiene de estudiado, ni de afectado, ni lleno de ostentacion, como lo es el de los filósofos que en sus escritos procuraron que brillase la mas pomposa elocuencia, con que parecia que mas bien querian agrandar y adquirirse el aplauso, que convencer é instruir á sus discípulos. La segunda es la uniformidad de la doctrina. Cada uno de estos autores, ya respecto de sí mismo, y ya res-

pecto de los demás, está conforme en su doctrina á unos mismos principios. Es una misma la doctrina de todos los apóstoles y de los evangelistas, aun habiendo escrito y enseñado separados unos de otros por enormes distancias, y repartidos por todo el universo: cuya conducta no se observa en los filósofos: pues no solamente entre sí se halla una notable oposicion; pero aun algunos de ellos se contradicen á sí mismos en diversas obras, como te manifestaré con mas estension en otro lugar. La tercera es la santidad de la doctrina. Toda su moral, todas sus máximas se dirijen á inspirar á los hombres el amor á Dios, y el amor á sus semejantes, para ser felices en el tiempo y en la eternidad. De modo, que cualquiera hombre por poco advertido que sea, conocerá, que esta doctrina no respira mas que virtud y santidad, y que hace imponderables ventajas á la moral de los filósofos de todos los tiempos. La cuarta es la conformidad de las costumbres de los apóstoles con la doctrina que enseñaban. Su conducta era enteramente irrepreensible: su desinterés era sumo. No se les observó

ni ambicion para ocupar puestos elevados, ni codicia por atesorar riquezas. Les hubiera sido fácil uno y otro, por el grande ascendiente que tuvieron en la voluntad de millares de personas de todas clases y condiciones, que se constituyeron sus discípulos amantes y obedientes. Todo su empeño y sus conatos fueron dirigidos á que los hombres todos conocieran y amáran al verdadero Dios, y se amáran unos á otros. La quinta es su sabiduría admirable: ¡qué sublimidad de pensamientos! ¡qué conexión en las ideas! ¡qué energia y qué fuego en las espresiones! y ¡qué dignidad para hablar de las grandezas de un Dios! De suerte, que el hombre menos reflexivo conoce, que por la boca y por la pluma de los discípulos de Jesus habla el espíritu de Dios. La sesta es su fortaleza y su constancia. Ellos caminan á provincias muy remotas, y atraviesan dilatadas regiones para predicar el evangelio á toda criatura: y ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni las inclemencias de los tiempos, ni las molestias de los caminos, ni los peligros de los mares, ni las persecuciones, ni las cárceles,

ni los suplicios, son bastantes á obligarlos á que prescindan de su empresa; y ántes bien, ellos cuando son condenados á muerte salen de los tribunales de los jueces llenos de gozo y alegría, porque van á padecer por el nombre de su maestro: y subiendo con semblante sereno á los patibulos, hacen de ellos cátedras para predicar de nuevo el evangelio, con las palabras y con el ejemplo, pues mueren pidiendo á Dios el perdon y la conversion de sus mismos verdugos. Te he hecho una pintura breve é imperfecta del caracter de los discípulos de Jesucristo, para que te convenzas del derecho que tienen á ser creidos en la doctrina que enseñan, y en los hechos que refieren. La crítica mas refinada y escrupulosa, no exige en un historiador un conjunto de circunstancias mas recomendables. De manera, que será un insensato enemigo de la razon, el que dando crédito á otros historiadores, niegue ó dude de la verdad de los hechos referidos por los historiadores sagrados. Decia un hombre célebre: yo creo sin dificultad las historias cuyos testigos se dejan degollar por comprobarlas

Fel. Los apóstoles no son testigos fidedignos, porque ellos estaban interesados en la gloria y honor de su maestro: y que alentados con la falsa esperanza de grandes premios, era muy fácil que llevasen adelante las ideas de él, persuadiendo á los hombres que era el Mesías prometido por Dios.

Vic. Para esto hubiera sido necesario que los apóstoles hubieran sido los mayores insensatos del universo: porque si Jesucristo no era el verdadero Mesías, en el tiempo de su vida podía con sagacidad y con ardid engañar á sus discípulos, persuadiéndoles que él era el Mesías: y podía con falsos premios temporales y eternos alentarlos á que hiciesen creer esta fabula á los demas hombres; pero cuando ellos vieron que su Maestro habia sido perseguido por las autoridades públicas, y aun por los doctores de la ley y por los sacerdotes, y que habia exhalado el último suspiro en un suplicio, ¿no tenían en esto un motivo muy poderoso para desengañarse de su credulidad, y de la malicia de su maestro? En este caso ¿qué empeño podían tener en buscar la gloria y el honor de un impostor

y de un embustero que los habia engañado, y habia dejado espuestos á ser el blanco del odio y de las persecuciones de toda su nacion? Y ¿qué premios podían esperar de un hombre que ya no existia, y con cuyo cadáver se habia intentado sepultar su crédito y su memoria? Solo podían esperar una clase de muerte semejante á la de este hombre que no habria sido su maestro, sino un engañador astuto, y su mayor enemigo que les habia ocasionado un fin tan trágico.

Pero cuando vemos á estos hombres tan irreprehensibles en su conducta, tan desinteresados, y que en los mismos suplicios aseguran que Jesucristo es el verdadero Mesías, tienen derecho para que se les crea: pues se conoce evidentemente que ellos hablan el idioma de la verdad. En fin, entre tantos historiadores á quienes se ha dado crédito en todas materias y aun en sucesos increíbles, dame uno que sea comparable con los apóstoles y evangelistas.

Entremos ya en la prueba de los milagros. Explicaré lo que es milagro, manifestaré su posibilidad, su verdad, y las

consecuencias que se deben sacar de él. Lo primero: milagro es un hecho admirable, y que escede todas las fuerzas de la naturaleza. Dios desde el principio del mundo estableció ciertas reglas para que constantemente se gobernara la naturaleza: como por ejemplo que todo cuerpo que está en alguna altura faltándole el impedimento que lo detiene venga á su centro: que los astros en tiempo determinado corran un espacio, sin que puedan retroceder en su carrera: y estas son las que los filósofos llaman leyes de la naturaleza: y así para que un hecho sea milagroso, no basta que sea raro y extraordinario; sino que sea contra alguna de las leyes constantes y uniformes de la naturaleza, como es el retroceso del sol en su curso, y la resurreccion de un muerto.

Lo segundo: es una verdad ciertísima, que Dios es el criador, conservador, y gobernador del universo: que es libre en sus operaciones, y que así como estableció estas leyes, pudo, y puede muy bien, establecer otras, como que tiene un poder infinito para hacer cuanto quisiere, y que todas sus obras son dirigidas por su suma

sabiduría. Pues asentados estos principios innegables, es claro, que los milagros son posibles: porque Dios los puede hacer en uso de su soberanía absoluta é independiente, ya para el ejercicio de su justicia en el castigo del perverso y en la proteccion del inocente: ya para demostrar su bondad en beneficio del necesitado: ya para usar de misericordia en la conversion del pecador: y ya en fin, para intimar á los hombres sus determinaciones en los casos que fueren de su divino agrado. Aun el mismo Rousseau, uno de los mayores incrédulos, confiesa esta verdad por estas palabras. «Dios puede hacer milagros, esto es, puede derogar las leyes que ha establecido: tratar esta cuestion seriamente, seria una blasfemia, si no fuese un absurdo, y al que la resolviese negativamente se le honraria demasiado castigándole, debiendo encerrarsele como un loco. (1)

Fel. Las leyes de la naturaleza son eternas é inmutables, y así Dios no puede de-

(1) *Lect. de la Montagne* pág. 94.

rogarlas: y por consiguiente, no puede hacer milagros.

Vic. Este es un error muy grosero de Voltaire y de la mayor parte de los incrédulos, que viene á parar en negar la existencia de la divinidad; pero todo hombre que no la niega, debe confesar, que Dios es autor y árbitro de la naturaleza, y que por lo mismo puede derogar sus leyes cuando convenga á los fines altos de su providencia.

Fel. Pero siendo Dios inmutable no puede mudar nada de lo que ha establecido.

Vic. El mudar Dios aquellas cosas que determinó no mudar jamas, se opondría á su inmutabilidad; pero el mudar aquellas cosas que desde la eternidad determinó mudar en tal tiempo y en tales circunstancias, es muy conforme á su inmutabilidad: porque así está en el orden de los decretos de su sabiduría infinita.

Lo tercero: los milagros no son solamente posibles, sino efectivos y verdaderos: porque Dios los ha hecho. Demos principio por los milagros de Jesucristo. Para hacer juicio de la fe que merece la historia de los

milagros de Jesucristo, es necesario observar atentamente la naturaleza de ellos, las circunstancias en que sucedieron, el número y caracter de los testigos que los refirieron, la impresion que causaron en los espectadores, y finalmente, la opinion que han formado los mismos enemigos del cristianismo.

Lo primero: si atendemos á la naturaleza de los milagros del Salvador, hallaremos, que eran unos hechos extraordinarios, y enteramente sobrenaturales. Su nacimiento fué celebrado por los ángeles con cánticos celestiales: una estrella resplandeciente condujo á unos sábios desde el oriente hasta la cuna de Jesus: se le ve caminar sobre las aguas, y que al imperio de su voz obedecen las tempestades: con algunos panes y muy pocos peces, sacía millares de personas: ahuyenta á los demonios de las personas de que se habian apoderado: da vista á los ciegos: cura repentinamente á los leprosos: hace andar á los paralíticos: y con una sola palabra resucita á los muertos. Cuando en la cruz exhala el último suspiro, el sol se obscurece: la tier-

ra tiembla: se rasga el velo del templo: salen los muertos de los sepulcros ya resucitados: y hasta en su muerte se manifiesta Señor del universo.

Estos milagros eran de suma importancia. No los hizo Jesucristo para divertir al pueblo, ni para recibir alguna paga de interes temporal, sino para establecer un culto que habia de suceder al de la ley de Moyses, y para fundar una religion en todo el mundo sobre las ruinas de la idolatría. Por consiguiente, estos milagros llamarían forzosamente la atencion de todos, como que se dirigian á echar por tierra las sinagogas de los judios, y los templos de los gentiles.

Jesucristo obró sus prodigios, no como los engañadores en lugares ocultos y llenos de tinieblas, sino en el templo, en las calles, en las plazas y otros lugares públicos de la Palestina, especialmente de Jerusalem, y al mismo tiempo que se juntaba toda la nacion, é innumerables estrangeros á celebrar las fiestas solemnes. No curaba á los enfermos despacio y con medios naturales, sino repentinamente, y con sola su

palabra: y estos mismos enfermos antes y despues de su sanidad, eran conocidos de todos por su nombre, por su oficio, y por el lugar de su residencia. Todos corrian á ver á Lázaro resucitado; tanto, que los gefes de la Sinagoga intentaron quitarle la vida, porque su resurreccion era causa de que muchos judios creyesen en Jesus.

Lo segundo: las circunstancias en que Jesucristo hizo los milagros, alejan toda sospecha de que hayan sido falsos y engañosos. Ademas de haber sido públicos, los hizo á presencia de los sacerdotes, de los escribas, de los fariseos, y de los saduceos. Estos eran los hombres mas ilustrados de la nacion, y eran los mayores enemigos de Jesucristo: porque les reprendia valerosamente sus vicios y sus errores: porque habian decaido mucho de la estimacion del pueblo, que seguia gustosamente á Jesus: y porque temian que si era reconocido por el Mesias, cesaria el culto establecido, y se variaria el órden de las cosas á que ellos debian su fortuna y su consideracion. Pues si los milagros de Jesucristo hubieran sido falsos, estos hombres que tenian en su ma-

no la autoridad y la fuerza, ¿por qué no hicieron informaciones judiciales para descubrir la falsedad, y convencer á Jesus de un impostor y falsario? Á esto los obligaba su oficio, su conciencia, su interes, su envidia, y el odio inveterado que tenían á Jesus. Estas diligencias jurídicas hubieran servido para que todos lo hubiesen abandonado, y para que ellos hubiesen justificado la muerte ignominiosa que le hicieron sufrir en un suplicio. Pues ¿qué pudo haber contenido á los jueces para no haber hecho estas informaciones judiciales tan obvias y tan necesarias? Solo el convencimiento de la verdad de los milagros de Jesucristo, y el temor de no darles un nuevo motivo de crédito y de estimacion.

Fel. Consta por el mismo evangelio, segun S. Juan cap. 9., que los gefes de la Sinagoga hicieron una informacion judicial sobre el hecho de haber dado Jesucristo la vista á un ciego de nacimiento.

Vic. Así fué en efecto; pero esta diligencia los llenó de rubor y de confusion; porque del mismo proceso quedó manifiesta la verdad del prodigio, y así se con-

tentaron con decir que Jesus era infractor de la ley: porque hizo esta curacion en sábado que era dia festivo.

Fel. Los principales judios no confesaron los milagros de Jesucristo. Esto prueba que no los reconocian por verdaderos.

Vic. El no confesar la verdad de un hecho no prueba su falsedad: porque no todos se declaran siempre por la verdad; y mas cuando tienen fines particulares para disimular sus sentimientos. Pero aun cuando los principales de los judios hubieran negado positivamente los milagros de Jesucristo, nada probaria su negacion: porque creyendo ellos que de la exaltacion de Jesus seguiria su propio abatimiento, el apego á los intereses temporales los obligaria á que hiciesen traicion á su conciencia, y faltasen á sus deberes. Esto ha sido siempre muy corriente en el mundo; pero respondiendo directamente, digo: que ellos no se atrevieron á negar la realidad de los prodigios: pues unas veces se contentaban con calumniar á Jesus diciendo, que con estos hechos profanaba la santificacion de los sábados: y otras veces atribuyéndolos al poder del

demonio: con lo que sin querer venian á confesar la verdad de los milagros: diré mas, que cuando los gefes de la Sinagoga se congregaron para juzgar de la sanidad del ciego de nacimiento, muchos de ellos confesaron el milagro diciendo: si este hombre fuera malo, no haria estos prodigios.

Lo tercero: veamos ahora el número y la calidad de los testigos de los milagros del evangelio. Estos son ocho autores contemporáneos, que ó ya espresamente refieren estos hechos, ó ya claramente los dan por supuestos. De estos ocho, Mateo, Juan, Pedro, Santiago y Judas Tadeo eran del número de los apóstoles, y testigos oculares que acompañaron á Jesucristo en toda su predicacion. Los evangelistas Lucas y Marcos, es probable que fueron del número de los setenta y dos discípulos de Jesucristo, y el segundo, segun creyeron los Padres antiguos, escribió su evangelio por orden de S. Pedro, y en cierto modo dictándole el santo apóstol. Finalmente, Pablo aunque no acompañó á Jesucristo, éste se le apareció despues de su resurreccion, y él vivió con los apóstoles. Por otra parte

se sabe, que en aquel mismo tiempo todos los apóstoles y demas discípulos en número de mas de ochenta, se daban por testigos de los hechos que refieren los historiadores del nuevo testamento: de manera, que los sucesos mas célebres y mas constantes de la antigüedad, no eran tan bien probados como los milagros del evangelio.

Por ejemplo: la historia de Sócrates no tiene por garantes sino á sus dos discípulos Platon y Jenofonte. El hecho de la muerte de Julio Cesar, que segun todos es de la mayor certidumbre histórica, no tiene tan gran número de historiadores contemporáneos.

Fel. Pero ¿como probarás que estos escritores no se pusieron de acuerdo para engañar con su historia á los sencillos é ignorantes?

Vic. Solamente con recordarte lo que te he dicho acerca del caracter y conducta de estos historiadores. Su sinceridad, y la sencillez en las relaciones, la sabiduría en las palabras, la santidad en las costumbres, el desinterés en las empresas, la ingenuidad en referir sus propios defectos, la constan-